

Identificaciones

1. «un olor a pantano»
2. «la calzada»
3. los motecas
4. «boca arriba»

Temas

1. La estructura de «La noche boca arriba»
2. La creación del suspenso en este cuento
3. La realidad frente al sueño en «La noche boca arriba»
4. Hacia una interpretación del desenlace de «La noche boca arriba»
5. Las características principales del arte narrativo de Julio Cortázar, según una lectura de este cuento



JUAN RULFO

Vida y obra

El mexicano Juan Rulfo (1917–1986) nació en Sayula, Jalisco, en una familia de hacendados (*ranchers*). Cuando tenía 6 años su padre fue asesinado. Tras la ruina financiera de su familia y la muerte de su madre, Rulfo vivió brevemente con una de sus abuelas, pero luego fue internado en un orfanato (*orphanage*) de Guadalajara. Intentó ingresar en la universidad de aquella ciudad, pero no pudo debido a una prolongada huelga (*strike*) estudiantil. Luego, ya establecido en la Ciudad de México, quiso hacerse abogado, pero tampoco lo logró. Trabajó, en cambio, en oficios diversos: fue vendedor de llantas (*rubber tires*), agente de inmigración, asesor (*advisor*) del Centro Mexicano de Escritores y, asimismo, un celebrado fotógrafo. Se desempeñó como guionista (*script writer*) e hizo adaptaciones de películas para la televisión. A partir de 1962 coordinó y dirigió el Instituto Indigenista, organización encargada de proteger e integrar a las comunidades indígenas del país. Sus escritos incluyen la colección de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955). Su exitoso desempeño como guionista lo persuadió finalmente a divulgar *El gallo de oro y otros textos para el cine* (1980), colección que incluye *Pedro Páramo* (1967), «Diles que no rematen» (1973), «Ignacio» (alias «No oyes ladrar los perros»,* 1975) y «El imperio de la fortuna» (1986). En estos escritos se funden la narrativa vanguardista de los años 50 y las técnicas cinematográficas más recientes. Póstumamente se han estrenado, en una o más versiones mexicanas y extranjeras, películas como *Ecos de una memoria* (1991), *Un pedazo de noche* (1995) y *Paso del norte* (2000), cuya historia versa sobre el destino cruel de un campesino mexicano que intenta entrar clandestinamente en los Estados Unidos, en la época de los años 40.

El autor y su contexto

No obstante el hecho de haber producido sólo dos obras fundamentales, Rulfo es uno de los prosistas más geniales —tal vez el más profundo— de los prosistas mexicanos de la generación de los años 40. Si bien (*Even though*) su producción literaria resulta escasa (*sparse*), le ha valido el reconocimiento internacional y

*Este relato, uno de sus mejores, fue adaptado para el cine por Carlos Fuentes (1928–) en una producción Franco-Mexicana, con el título de *Ignacio* (1967).

galardones (*awards*) como el Premio Nacional de Letras (1970) y el Premio Príncipe de Asturias de España (1983). Confesó haber destruido su primera novela porque después de «acabada» los personajes y su modo de expresarse le parecieron muy complejos y artificiales. Más tarde crearía personajes sencillos que se expresarían en un español primitivo, hablando poco y articulando con su silencio una actitud fatalista. Efectivamente (*In effect*), la humanidad ficticia creada por Rulfo se compone de gente ignorante del campo, individuos pobres y desolados. Al igual que los peones de la propia región natal de autor —gente obligada a vivir en una tierra árida, devastada por los vientos y el calor— los protagonistas de Rulfo luchan constante e inútilmente contra un destino hostil del cual saben que no hay escape. A través del *realismo mágico* —técnica en la que la realidad concreta se confunde con lo fantástico y lo sobrenatural creando un ambiente vago, extraño, algo parecido al mundo de los sueños— Rulfo cuenta historias extraordinariamente patéticas. En ellas aparece toda una galería de víctimas de la injusticia social y de una naturaleza despiadada (*merciless*). Las tramas enfocan el fanatismo religioso, las tragedias familiares, la venganza de los oprimidos, el hambre, el dolor e, invariablemente, la muerte. Para el autor la región en que nació, Jalisco, que inspiró su obra, es tierra de muertos y moribundos (*dying people*). Este pensamiento adquiere forma estética en la novela *Pedro Páramo*, y en cuentos como «No oyes ladrar los perros», el que se ha reproducido aquí. En este ambiente represivo «los personajes son fantasmas de un pasado cercano pero ya olvidado y sus palabras son las voces de su subconsciente».[†]

[†]Véase Alexander Coleman, ed. *Cinco maestros: cuentos de Hispanoamérica* (New York: Harcourt, Brace and World, 1969), pp. 117–119.

No oyes ladrar los perros

Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

5 —Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

10 La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose¹ a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.²

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada³ redonda.

15 —Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fíjate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya estaba detrasito⁴ del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

¹subiéndose ²staggering ³llama grande, fuego ⁴detrás mismo

—Sí, pero no veo rastro⁵ de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

20 El viejo se fue reculando⁶ hasta encontrarse con el paredón⁷ y se recargó allí,⁸ sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

25 —¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor⁹ por las sacudidas¹⁰ que le daba, y porque los pies se le encajaban¹¹ en los ijares¹² como espuelas.¹³ Luego las manos del hijo, que traía trabadas¹⁴ en su pescuezo,¹⁵ le zarandeaban¹⁶ la cabeza como si fuera una sonaja.¹⁷

30 Él apretaba los dientes¹⁸ para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

35 —Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: «Apéame¹⁹ aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco.» Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

40 Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba²⁰ y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

45 —¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones.²¹ Encogía²² el cuerpo y luego se enderezaba²³ para volver a tropezar de nuevo.

50 —Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

55 —Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó²⁴ un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

60 —Bájame.

⁵señal ⁶retrocediendo ⁷pared grande, alta ⁸se... *leaned against it* ⁹le... *fear was overpowering his son*
¹⁰shaking ¹¹meñan ¹²sides ¹³spurs ¹⁴agarradas ¹⁵cuello ¹⁶sacudían ¹⁷rattle ¹⁸apretaba...
gnashed his teeth ¹⁹Bájame ²⁰extendía ²¹a... *tropezando, andando con dificultad* ²²Contraía ²³ponía
derecho ²⁴Se... *He staggered*

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada
65 en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía
agachar²⁵ la cabeza agarrotada²⁶ entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre.
Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría²⁷ si yo lo hubiera
dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo
70 curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando
porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras
vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor
seco, volvía a sudar.

75 —Me derrengaré,²⁸ pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas
heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien,
volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos,
donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya
no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí
80 me tocaba la he maldecido. He dicho: «¡Que se le pudra²⁹ en los riñones³⁰ la
sangre que yo le di!» Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando³¹ por
los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí
está mi compadre Tranquilino. Él que lo bautizó a usted. Él que le dio su nombre.
A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije:
85 «Ése no puede ser mi hijo.»

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá
arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

90 —Tengo sed.

—¡Aguántate³²! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche
y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran
los perros. Haz³³ por oír.

—Dame agua.

95 —Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera,
no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y
comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías
100 acabado la leche de ella. No tenías llenadero.³⁴ Y eras muy rabioso.³⁵ Nunca pensé
que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu
madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú
crecieras irías a ser su sostén.³⁶ No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener
la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.³⁷

²⁵bajar ²⁶garroted ²⁷reprocharía ²⁸Me... I'll break my back ²⁹(inf.: pudrir) rot ³⁰kidneys

³¹andando de un sitio a otro ³²¡Ten paciencia! ³³Esfuézate ³⁴No... You couldn't get enough. ³⁵furioso

³⁶apoyo, protección ³⁷a... ahora, todavía

105 Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar³⁸ los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.³⁹

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad?
110 Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado⁴⁰ el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: «No tenemos a quién darle nuestra lástima.» ¿Pero usted, Ignacio?

115 Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas⁴¹ se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejabán,⁴² se recostó⁴³ sobre el pretil⁴⁴ de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.⁴⁵

120 Destabó⁴⁶ difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

³⁸aflojar, dejar libres ³⁹he were sobbing ⁴⁰(fig.) llenado repetidamente ⁴¹parte de la pierna opuesta a la rodilla ⁴²casa rústica con techo de tejas ⁴³reclinó ⁴⁴railing ⁴⁵dislocado ⁴⁶Separó

Cuestionario

1. ¿Cuál es la circunstancia de los dos hombres al comienzo del cuento?
2. ¿Cuál es el parentesco entre estos dos hombres?
3. ¿Adónde se dirigen?
4. ¿Qué recuerda el padre del pasado?
5. ¿Cuáles son los elementos más destacados del final de «No oyes ladrar los perros»?

Identificaciones

1. Tonaya
2. Ignacio
3. «No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.»

Temas

1. La función del diálogo en «No oyes ladrar los perros»
2. La interacción entre los dos hombres
3. El ambiente del cuento
4. El viaje es un leitmotivo de la literatura universal. ¿Cómo se emplea en este cuento?
5. Hacia una interpretación del desenlace del cuento